

# El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—  
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7.50  
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.  
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NUM. 213

Sevilla—Martes 17 de Septiembre de 1901

AÑO XXV

## ¿A Marruecos? ¡Cuidado!

El gobierno, con su conducta en el problema de los cautivos de Arcila, nos pone á las puertas del conflicto y en gran tensión al espíritu público, dando margen á que el *ingoismo* vuelva á asomar la cabeza, y á que toda suerte de patriotas, más ó menos quijotescos, entretegan sus ocios en excitar á las gentes contra el infiel marroquí. No ha desaparecido el tipo, como no se han borrado los desplantes ridículos de conquista; y lo más triste es que el gobierno aliente este enardecimiento siguiendo el mismo sistema que hace tres años.

Nosotros hemos sostenido siempre que España no podía ni debía vivir alejada del concierto europeo, no sirviéndonos de nada la neutralidad, si por fuerza el vecino del lado ó el de enfrente invadía nuestra casa, penetrando en el zaguán y tratando de ocupar los pisos superiores. Apoderados de la vivienda, la familia sería arrojada á la calle, y ni en las familias ni en los pueblos se puede ni se debe tolerar la desposesión de lo que nos pertenece, sin defenderlo desesperadamente si es preciso.

Todos sabemos que nuestra política exterior, aparte los intereses convencidos y las relaciones en el orden moral, está imitada al problema marroquí y á la cuestión Mediterránea; pues bien, á este respecto no podemos permanecer aislados, y tenemos que sostener en el imperio el llamado *statu quo*, pero sin abandonar, al contrario, tratando de fomentar nuestra influencia por las artes de la paz, y con una política hábil dirigida por hombres avezados y bien conocedores del sistema, costumbres y manera de ser del abigarrado imperio.

Ha surgido el conflicto cuando menos podía esperarse, y nos ha tocado la china de recibir el agravio en dos súbditos españoles. La reparación debe venir inmediata, rápida y sin circunloquios ni atenuantes de ningún género, pero tampoco con desplantes guerreros impropios de la época y altamente perjudiciales á nuestra pobre situación actual.

Vamos al moro, sí, pero para obtener reparación del agravio, no para invadir su territorio con alardes de fuerza que pueden costarnos muy caros, máxime cuanto que, si bien es verdad que el Gobierno tiene el benaplácito de las potencias continentales, Inglaterra guarda profunda y estudiada reserva, é invade nuestras costas y nuestros puntos más vulnerables y más ambicionados con la visita de una escuadra poderosa; secundada por barcos sueltos, que unos parecen avisos y otros investigan y vigilan; y esta es la parte más grave de la cuestión para en el caso de la apelación á la fuerza, porque pudiera ocurrir que, al tratar de vengar el agravio, lucháramos con grandes dificultades para aumentar la guarnición de Ceuta.

A esos espíritus aventureros que sirven la causa del gobierno predicando la guerra santa, instrumentos inconscientes de una política sin vida y perturbadora que puede llevarnos al abismo, llamémoslos á la razón y á la prudencia, para ver que echen agua al vino y dejen esos clamores guerreros, porque el primer cañonazo que se dispare en la parte Norte de África, puede ser la señal de un tremendo choque, en que nosotros seamos la víctima.

Nada de desplantes guerreros. El juego del gobierno está conocido. El tira y afloja en que se ha colocado el ministerio Sagasta, ya anunciando la guerra á todo trance, ó ya afirmando que la reparación no se hará esperar, dilatando indefinidamente la solución del conflicto, debe servirnos de lección para mantenernos en una actividad prudente y comedida, rechazando todo alarde bélico ó guerrero en que se ve colocado á ciertos periódicos y á algunas gentes que obran á impulsos del gobierno.

Antes de pisar el imperio marroquí de modo que se rompa el tratado de Madrid, hay que entretenerse á serias y profundas meditaciones, hacer un recuento de fuerzas sin optimismos, deducir lo que haya de positivo en extrañas benevolencias, y contar con la opinión entera del país, no sea que, por brindar un éxito fácil al hijo de Alfonso XII, caigamos en la sima, y entonces no habrá redención para España.

Nosotros, con tiempo sobrado, llamamos la atención del público, para que á nadie le coja de sorpresa, ni la actitud del gobierno ni la especialísima situación de España, que ni quiere ni quiere en ciertas aventuras, ni menos confiar en las determinaciones de un gobierno, de una política y de un régimen, que ni son del agrado del país, ni en fuerza de fracasados pueden merecernos garantía de acierto, después de habernos deshonrado y haber perdido las colonias.

Hoy las guerras, si se llegan á ellas por necesidad extrema, ha de ser con la aquiescencia del pueblo y por hombres en quienes deposite su confianza, no por las conveniencias de un régimen ni por los caprichos de un rey.

A. A.

## Murmuraciones

No es cierto que la princesita María Teresa vaya á contraer matrimonio con el gran Duque Wladimiro de Rusia.

Ya me parecía muy grande ese Duque, y muy Wladimiro para la princesa española.

Los corresponsales que desde San Sebastián tienen el encargo espinoso de remitir por telégrafo todas las noticias importantes, ruegan que se rectifique.

La princesa no se casa por ahora, y menos con un ruso.

Corriente.

Aguardaremos la verdadera verdad.

El Sr. D. Segismundo Moret y Prendergast, acabado de llegar de París, conferenció con la Regente, y no con el ministro de Estado, para darla cuenta de la importante misión oculta que le llevó á la capital de la República francesa.

La señora parece que quedó altamente satisfecha.

Nos basta con eso.

En estando satisfecha la señora, España estará satisfecha, y por ende nosotros los españoles, súbditos fieles y sumisos de nuestras instituciones venerandas.

El Sr. Moret, seguidamente, y sin quitarse el polvo del camino, saltó para Avila con el fin de darle un vistazo á la casa de recreo que allí tiene el Sr. Sagasta, y poder darle cuenta á dicho señor, cuando el presidente del Congreso llegue á Madrid, si tiene ó no tiene desconchados.

Es falso de toda falsedad que los españoles estén disgustados porque el señor ministro de la Guerra haya pedido 80,000 hombres para formar el ejército de paz que necesitamos.

Afortunadamente los hay disponibles y todos están ansiosos de acudir á las filas; pero, si no los hubiera, los padres de familia se tomarían el trabajo de fabricarlos para complacer á nuestro Napoleón mallorquín.

Se entiende los padres de familias pobres... porque ya es sabido que los ricos no tienen obligación de servir á la patria, ¡para eso son ricos!

La patria, en punto á morir por ella y defenderla á tiros, corre á cuenta de nosotros.

La patria, en punto á gozar de ella y deshonrarla en lo que se puede, corre á cuenta de ellos.

El Conde de Romanones se decide á viajar para ver cómo han sentado sus leyes para enseñar.

Por donde quiera que vaya le ofrecerán sus respetos, y á todos irá obsequiando desde el tren con sus decretos.

Le irán haciendo consultas, y él contestará enseguida:—La materia que he tratado para mí es desconocida.

Pero los sabios que tengo del elemento oficial despacharán sin ambages, de una manera formal, cuantas consultas se hagan dentro de su molde estrecho, en sentido que resulte para su bien y provecho.

Desde que Florián de Artieda, redactor ó colaborador de *El Liberal* de Sevilla, dijo que en nuestra ciudad la literatura estaba á 0, ó á 10 bajo 0, se han publicado algunas obrillas, no sé si por casualidad ó por emulación.

Yo casi no tengo tiempo para leer más que aquello que necesito para estar al tanto de la cosa pública y que mis lectores—porque los tengo—no me acusen de español... quiero decir, de flojo.

Leo la prensa española, toda, toda la que llega á mi Redacción, porque de ella entresaco las palpitaciones de vida ó de muerte, en mi patria, y la costumbre de leerla me ha dado la clave para no perder el tiempo...

Es así que llega á mis manos una obra de Joaquín Vázquez ó de Federico Muñoz, y como no me los he encontrado al paso en la diaria labor, cometo la descortesía de no leer sus producciones, no por desprecio ni por ingratitud, sino porque las horas de mi vida las tengo todas ahuiladas para ganar el pan de cada día.

Pero viene á mi poder la producción de un luchador, de los que á diario ó de tiempo en tiempo rafaguean su genio poderoso en las columnas de esta prensa tan zaherida y despreciada por los que más le deben, y sin reparos de ninguna especie... me quedo aquella noche sin dormir.

Para dar pasto sabroso á mi inteligencia tengo que robarle descanso al cuerpo.

Ayer llegó á mis manos *El Cirineo*, pequeña novela escrita por Timoteo Orbe, una inteligencia privilegiada, un corazón abierto á todos los vientos de la Humanidad, un espíritu valiente y una modestia de hombre laborioso que no le engrde más que el retiro y la tranquilidad en que labora, como el gusano de seda, esos preciosos vellones con que viene enriqueciendo la publicidad, ya en el periódico, ya en el libro, ya en la escena.

*El Cirineo* es un cuento primorosa y valientemente escrito, con el fondo social de una obra de Zola, con la primorosidad poética de un Daudet, sin las crudezas del primero y sin la picardía ni la sátira del segundo, pero de un fondo honrado y sincero, y un sí es ó no es inocente y candido, que encanta.

Yo no desfloro el sencillo argumento de la obrilla de Timoteo Orbe, porque no es el argumento lo que da valor, sino las reflexiones, los relampagueos del genio que, valiéndose de cuatro figuras, hermosamente delineadas, azota las costumbres y los vicios sociales con valentía espontánea, sin alardes vanidosos, sino con la seguridad y despreocupación de quien sabe el terreno que pisa...

Timoteo Orbe es un maestro y... ¡ay! también un soñador, pero un soñador del porvenir, de los que miran hacia adelante, de los que, como su protagonista el guardavía, á la boca del túnel del presente, alza en alto el banderín, reflexionando siempre:—¿Pasará todo en la vida, para mí, como el tren, de largo y sin pararse nunca?...

El que quiera leer un libro precioso, y meditar un rato honradamente, que compre *El Cirineo* de Timoteo Orbe.

Nuestro querido D. Virtuoso insiste en reclutar gente para llevarla con él á la peregrinación de la Virgen del Pilar.

La concesión del capelo cardenalicio vacante, hecha á favor del arzobispo de Valencia, ha soliviantado su ánimo, y, por él no ha de quedar ruido arma.

Ha publicado una circular llamando á sus diocesanos para que se afinen á la peregrinación susodicha, y de camino escribe de mano maestra los disgustos que tiene Nuestra Señora del Pilar, quien, particularmente sin duda, se los ha relatado por correo.

Dice D. Virtuoso:

«No lo describiremos, todo el mundo lo sabe; y solo diremos, por lo mismo que nuestra Madre fué ofendida por los hijos á quienes tanto ama, causándole en el corazón una tan profunda herida, que si en el cielo se llorase, las lágrimas de la Virgen habrían caído sobre la tierra de España á manera de copiosa lluvia, formando ríos, lagos y mares anchurosos.»

O lo que es lo mismo:

Veniendo cicones á la vez. Afortunadamente para Zaragoza, y para España entera, en el cielo no se llora.

En primer lugar, porque... no hay cielo, y todavía nuestro D. Virtuoso no se ha enterado, ni sabe aquello de Argosola:

«Porque ese cielo azul que todos vemos, ni es cielo, ni es azul... ¡Lastima grande que no fuera verdad tanta belleza!»

Y en segundo lugar, porque la Virgen no se incomoda más que con aquellos que se sirven de ella como baderín de explotación.

Pero lo gracioso de nuestro virtuoso pastor no está en lo anterior, sino en la siguiente *bola* que le cuenta á sus diocesanos para *catanearlos* y llevarlos á Zaragoza y que así les abra la cabeza de un estacazo.

Oído á la caja:

«Entre las maravillas realizadas por la Virgen del Pilar, hay una notable sobre toda ponderación.

Es el milagro llamado de la Calanda. Un desventurado, que había perdido una pierna, encomendóse á la que es Madre de todos los que gimen, y una noche, después de pasado mucho tiempo del triste suceso que lo puso en

la más deplorable de las situaciones, hallóse e, infeliz con que se le había devuelto el miembro amputado y restituido el vigor de la salud.

Este portentoso, comprobado por largo y minucioso expediente, nos muestra que María Santísima del Pilar *lo puede todo*; y que aunque este cuerpo que se llama la nación española haya venido á parar al doloroso estado en que lo vemos, *aunque sus miembros anden dispersos, aunque hayan sido sepultados y estén podridos, puede congregarlos otra vez, animarlos, vivificarlos y restaurarlos de modo que el pueblo hundido se levante y sea de nuevo lo que fué en épocas que pasaron.*

Pues si lo puede todo, virtuosísimo señor, ¿por qué no puede darle el capelo á su reverendísima?

¡Y cuidado que se lo habrá pedido con todas las veritas de su alma virtuosa!

Comprendo que en Roma hagan *fi* á este señor.

El hombre que dice esas cosas es imposible que llague á Cardenal.

Sería poner á la Iglesia en ridículo.

Después de lo anteriormente transcrito, voy á colocar el siguiente párrafo del discurso de D. Joaquín Costa en los Juegos Florales de Salamanca:

«El honor y la seguridad de la Nación no se hallan hoy en manos de los soldados: están en manos de los que aran la tierra, de los que cavan la viña, de los que plantan el naranjo, de los que pastorean el rebaño, de los que arrancan el mineral, de los que forjan el hierro, de los que equipan la nave, de los que tejen el algodón, de los que conducen el tren, de los que repesan la lluvia, de los que construyen los puentes, de los que estampán los libros, de los que acaudalan la ciencia, de los que hacen los hombres y los ciudadanos educando á la niñez. De esas escuelas saldrán los soldados, de esas forjas saldrán los cañones, de esos montes bajarán los navíos, de esos canales nacerá la sangre, de ese hierro brotará la fortaleza, de ese algodón y de ese cañam y de esos árboles saldrán las tiendas de campaña y las velas y el asta sagrada que ha de desplegar al viento la bandera rejuvenecida de la Patria.»

¡Cuán equivocado está D. Joaquín!

Nosotros no vamos a parte alguna si no lo hacemos caso al arzobispo de Sevilla.

¡La Virgen del Pilar! ¡La Virgen del Pilar es la que, *aunque los miembros (de la nación) ANDEN dispersos, aunque hayan sido sepultados y estén podridos, puede congregarlos otra vez, animarlos, vivificarlos y restaurarlos!*

Y lo dijo Blas, ó D. Virtuoso.

Y punto redondo.

Y no hay más que hablar.

A fin del año cobra sus seis mil dureses...

¡y al avío!

¡Y viva la Virgen del Pilar que consiente estas cosas!

CARRASQUILLA.

## RETIRADA

Costa, con su talento inmenso y su pasmosa clarividencia, afirma en el soberano discurso pronunciado en Salamanca que sólo cuando desaparecieran del poder los políticos de la restauración comenzará á ser un hecho la transformación de España.

Claro que, á estas alturas, no es un descubrimiento la idea sustentada por el ilustre mantenedor de los Juegos Florales salmantinos. Ya, por su palpable evidencia, el concepto había arraigado en todos los cerebros.

En el Parlamento, en el círculo, en la calle, á gritos, se ha divulgado la frase, entrando en el número inculcable de los axiomas lastimosamente olvidados. Y, sin embargo, á cada día que pasa, su realidad es más viva, su verdad más imponente.

Deben retirarse *ó hay que retirar* á los incursos en los desastres que nos llevan á la ruina existencia.

Pero como existe sobre de firmeza y falta de energía, los culpables mantienen su posición vergonzante, creyendo lejos aún el momento de la terrible patada que los aplaste.

Esperanzados en esta supuesta tardanza, los caciques no sueltan la presa, y los espíritus, torpes é inflados por el desaliento, van sumando á esa masa podrida, pudriéndose ellos también.

Locos son unos y otros, porque no ven que la retirada no es ya exigencia de las circunstancias, sino imperiosa determinación de la ley natural.

Si el brazo irritado del pueblo hambriento no los retira en plazo breve, el tiempo los retirará, no muy tarde; y unos por muertos, y otros por caducos, desaparecerán de la escena.

Y entonces, ¿qué dirán los elementos que por escasa fé y por miedo desertaron del combate? ¿Qué hará la juventud prostituida en aras de una

conveniencia efímera? Cuando se pierden los entusiasmos y se arrinconan las armas con las cuales se conquistaron glorias y prestigios, es difícil en una nueva situación hacer revivir aquellos, y más difícil utilizar éstos.

Porque los entusiasmos son el producto de la fe sentida que ya no se posee, que ya se sacrificó a este ominoso régimen a cambio de un puñado de consideraciones y mercedes que esclavizan a quienes las reciben.

Y porque las armas se enmohecieron, se inutilizaron para siempre.

Además, no piensan los culpables y cuantos a ellos se arriman, que la revolución de que será teatro nuestra España no tendrá semejanza alguna con las que hemos conocido.

Muchos serán los que en su día pretenderán hacer valer su democracia y su republicanismo, y caerán víctimas de su conducta sospechosa e indefinida.

Vendrá la retirada brutal y forzosa como aliento en la masa vengadora, y ¡ay de los miserables y de los arrepentidos a destiempo!

No quiere entender así la generalidad de los políticos en pueblos y ciudades.

Pero la realidad les llevará al convencimiento, el día que sientan pueblos y ciudades las sacudidas del rebano innominado que se descarría repartiendo sangrientas dentelladas, o la planta del invasor que nos civilice a latigazos.

Por esto vale más estar entre los pocos, en paz con la conciencia y casado con la verdad, que doblando el espinazo y sometiendo infuadamente a los que serán retirados.

FRAY VERDADES.

## BARBARIE

Ha muerto Mac Kinley. Se ha realizado una obra de justicia.

Era inconcebible que en un país donde murió Lincoln, el justo y bueno, se salvase Mac Kinley, el ambicioso y el rapaz.

Existe entre estos dos presidentes de los Estados Unidos, igualmente famosos por las guerras que se desarrollaron bajo sus presidencias, una distancia enorme. Los dos recibieron en sus cuerpos las balas de un asesino; pero Lincoln cayó como mártir de la más santa de las causas y fué llorado por todas las almas justas del mundo; y Mac Kinley, al ser herido, no ha provocado más protestas que las frías y ces remoniosas del dolor oficial, amén de las maldiciones de muchos españoles, que, romos de entendimiento, como de costumbre, han visto la mano de la Providencia en ese pistoletazo de un anarquista, y no quisieron verla en las palizas que recibimos en Santiago y Cavite.

Adoro a Lincoln, representación de la verdadera República americana, tradicionalmente democrática. Me inspira veneración la figura de aquel austero republicano, hijo de sus obras, que, siendo leñador, se hizo por sí mismo un intelectual y llegó a la primera magistratura de su país. Le contemplo como mártir, trabajando por la abolición de la esclavitud, lanzando el Norte contra el Sur para dar libertad a los negros; arrojando el peligro de la disolución de su patria con la tranquilidad del que defiende una causa grande: la causa de la humanidad y la justicia, y antes quiere perecer que ver detenidas éstas en su progreso; y le veo caer herido de muerte en el palco de un teatro, murmurando entre espantos de sangre:—¡Muero contento! Me asesinan por haber dado la libertad a millón y medio de seres humanos...

A Mac Kinley lo detesto: no con el odio mezquino de raza y de pueblo, no porque haya arrebatado territorios a España, pues para esto sería preciso odiar a todas las repúblicas sudamericanas que fueron nuestras; a Inglaterra que nos guarda Gibraltar; a Francia que nos quitó el Rosellón y el Franco Condado; a Bélgica y Holanda que están establecidas sobre antiguo suelo español; a todo bicho viviente, pues como robamos muchas tierras en otros tiempos, todos los pueblos de la tierra nos han robado algo en justa reciprocidad.

Odio a Mac Kinley como representante de la reacción imperialista y dominadora, como fomentador del militarismo en el país de la democracia y de las costumbres cívicas, donde Washington no quiso ser más que un simple ciudadano, y como ladrón de pueblos que ha deshonrado la más respetable de las repúblicas, imitando los procedimientos de los reyes más poderosos de Europa.

No abomino de él porque nos quitó las Antillas y las Filipinas. Bien quitadas estaban si era para devolverlas su libertad, para hacerlas entrar en la vida de la independencia, emancipadas para siempre de empleados rapaces y de frailes fanáticos. ¿Qué misión más santa y pura para una gran República que tender una mano protectora a los pueblos pequeños para emanciparlos? Lo hubiera sentido como español; pero lo hubiera celebrado como hombre libre, como demócrata y revolucionario, viendo en Mac-

Kinley el conquistador, un ciudadano tan grande como Lincoln el antiesclavista.

Pero ese hombre, representante de una gran República, ha robado como cualquier rey, por gusto, por conservar, por seguir tiranizando a los conquistados; y las Antillas y Filipinas, hoy americanas, están mucho peor que siendo españolas. Si nuestros empleados se contentaban con robar pesetas, los funcionarios yanquis, como más listos y de mayores necesidades, cuentan sus rapiñas por duros, y en el archipiélago asiático, la República que proclama la libertad de conciencia más absoluta, mantiene y protege a los frailes por indolección de Mac Kinley, para que sigan embruteciendo a los indígenas y resulte así más fácil la dominación americana.

Yo no soy de los hipócritas que lloran ante la tumba de los poderosos. Cuando matan a un rey o un presidente de República, siento la natural impresión que en todo hombre honrado produce la muerte de un semejante; pero si tuviéramos que llorar a los hombres que mueren todos los días, no cesaríamos ni un momento de derramar lágrimas.

Lamentarse cuando cae asesinado un personaje, y celebrar en cambio, como glorias los asesinatos en masa de hijos del pueblo que organizan esos mismos poderosos en los campos de batalla, es la más criminal de las hipocresías. Parece que los hombres están divididos en castas, que unos cuantos hayan salido a la vida por diferente agujero que los demás, y que sus pieles sean preciosas, mientras que las nuestras, las de la gran masa, no valen cinco céntimos.

La vida humana es sagrada: nadie tiene derecho a atentar contra ella. Pero que comiencen por dar ejemplo los de arriba suprimiendo las guerras, los despojos en masa, y esa desigualdad social que hace que anualmente muera en peligrosos trabajos un verdadero ejército de infelices.

Cuando cae uno de los que están en lo alto estalla en el mundo un coro de lamentaciones; todos los imbéciles de la tierra se llevan el pañuelo a los ojos, porque es de buen tono llorar a los poderosos. El que ha muerto es un hombre: para la tierra sólo es un cadáver más; y mientras el mundo culto protesta del hecho afirmando que la sociedad va a perecer si continúan tales atentados, el Sultán de Turquía sigue levantando una verdadera montaña de cadáveres armenios; Eduardo VII de Inglaterra procede con orden al exterminio de los boers, que son cristianos y blancos como los ingleses; Leopoldo de Bélgica ametralla a los negros en el Congo para tener seguros sus almacenes de marfil y de caoutchouc; Guillermo de Alemania recomienda a sus tropas en China que no den cuartel a nadie, recomendación que obedecen los soldados jugando a la pelota con los niños de bayoneta en bayoneta; Nicolás de Rusia ahorca estudiantes, fusila obreros, premia a los generales que exterminan de un golpe doce mil chinos; y en otras naciones de menos importancia, que por lo débiles y crueles parecen regidas por beatas, resucita la Inquisición en las tortalezas nacionales y los hombres son triturados por las máquinas de tormento.

La destrucción y la barbarie nos rodea. Ati-la ha resucitado hace mucho tiempo; pero con mejor educación, con una sonrisa fría de hombre que está en el secreto, y cedido de frac ó em-butado en un uniforme, se sienta en los altos sitios del mundo.

Por un lado los gobernantes y por otro los grandes capitalistas, cifran su gloria y su provecho en atear contra la vida humana.

La barbarie de los que matan a un hombre cubierto de bandos y cruces resulta una pálida imitación de la barbarie que impera actualmente al frente de los Estados, y para subsistir arrastra la humanidad al sacrificio.

Al día siguiente del atentado contra Mac-Kinley decía, predicando en un templo de Nueva-York, el reverendo pastor Herbert Bigelow:

—La vida humana debe estar garantizada en la Presidencia; pero también debe garantizarse en las fábricas y en las minas.

Como dice el mordaz Urbain Gohier:—Todos los días los gobernantes tratan de la muerte de nosotros, los de abajo. Y esto no causa sensación. ¿Por qué tantas lamentaciones cuando les llega el turno a uno de ellos?

BLASCO IBÁÑEZ.

## De actualidad

Almodóvar recibió telegrama de Ojeda diciendo que, celebrada reunión de diplomáticos

en Tánger, examináronse las notas de España y las potencias.

Ha marchado el intérprete de la legación Saavedra a entregar al gobierno del Sultán la nota.

Créese que la respuesta tardará unos días. Entonces se acordará en definitiva.

Recíbense telegramas de diversos puntos de España contra el cupo.

El Gobierno muéstrase preocupado por temor a un conflicto.

Algunos ministros lamentan la tenacidad de Weyler en mantenerlo.

En el Consejo de mañana se tratará del asunto.

Verificóse la apertura de los tribunales con solemnidad.

Presidió Teverga.

El discurso de éste sobre responsabilidad judicial ha sido elocuente y notable.

La memoria del Fiscal Montilla es trabajo minucioso.

El correo ascendente de Asturias a Santander descarriló en el Collado de Mediano, sin ocurrir desgracias.

Las pérdidas son escasas.

Dicen de Búfalo que el Dr. Warden, que asistió a Mac Kinley, cree que la bala que le mató estaba envenenada.

Haráse una información.

El asesino ha sido trasladado a otra prisión que solo conocen los guardias que le custodian.

El czar y la czarina salieron de Kiel a bordo del yate *Standard*, con rumbo a Francia.

Telegrafian de Búfalo que el cadáver de Mac-Kinley ha sido trasladado al ayuntamiento.

El asesino ignora el fallecimiento.

Lo conocerá al comenzar la visita del proceso, que se efectuará dentro de una quincena.

Se le ha trasladado a la Penitenciaría de Eriz.

Le visitará su padre, excitándole a que declare quienes son sus cómplices.

El Consejo de mañana tendrá importancia política.

Insístese sobre divergencias entre Weyler y algunos ministros por la cuestión de reformas de Guerra y señalamiento del cupo.

Almodóvar niega el anunciado matrimonio de la infanta Teresa con el duque Wladimiro de Rusia.

Fondeó en Dunkerque la escuadra francesa. Forman en línea frente a la playa.

La ciudad está animadísima.

Espérase al presidente Loubet.

Se ultimán las ornamentaciones.

El miércoles llegarán 75 trenes especiales.

En Méjico ha sido linchado el anarquista que predijo el atentado contra Mac Kinley.

De San Sebastián salió Moret con dirección a Vitoria.

Regresará a Madrid el jueves.

Niega que traiga impresiones del extranjero sobre la cuestión de Marruecos.

No se ha ocupado de política.

Moret califica de fantasía los rumores de crisis.

Su cargo de presidente del Congreso le impide hacer declaraciones políticas.

En la reunión de los embajadores, celebrada en la Legación de España en Tánger, Ojeda leyó una nota, que fué aprobada, pidiendo al Sultán que mande un ejército para rescatar a los cautivos y garantizar el derecho de gentes.

La llevará el intérprete Saavedra a Marrakés.

Ojeda asegura que ni la Escuadra ni un Cuerpo de Ejército vendrán, pues el Sultán accederá a todo lo pedido.

Creo imposible que haya conflicto internacional.

Salieron hoy tropas marroques de Tánger para buscar a los cautivos.

Salgo para una huerta del camino de Fez, donde dicenme los fraiscanos y Ojeda que están los padres de los cautivos.

Estos viven.

Dicen de París que el ministro de Marina ha negado al aeronauta Vaulx el concurso de la Marina de guerra para atravesar el Mediterráneo.

Los periódicos publican declaraciones de Puigcerver.

Dice que urge buscar medidas contra la elevación de los cambios.

Romanones ha declarado que respetará los centros de enseñanza locales que sostengan las corporaciones ateniéndose el plan general que rige en los centros similares que sostiene el Estado.

En Conzentina verificóse un meeting de 5,000 vinicultores, representando a más de 30

pueblos de las provincias de Valencia y Alicante.

Discursos entusiastas defendiendo la supresión de los consumos.

## La siesta del gendarme

RECUERDO DE VIAJÉ

«Otra vez vuelve a plantearse la cuestión de Marruecos... Es natural; España no ha sabido nunca, ni sabrá jamás, cómo debe tratarse a los moros.

Cuando la guerra de Africa, los españoles no quisieron pasar de Tetuan. Desde entonces acá hemos seguido una política en Marruecos de contemplaciones ridículas. No sabemos ser enérgicos con los moros cuando hace falta, ni tolerantes cuando lo exige la política.

En la guerra parecemos débiles y en la paz fanáticos para sus creencias. Francia ha seguido en Argelia una política bien distinta. Dominó a los moros con la fuerza; después con la amistad y el respeto. Hé aquí por qué Francia domina en Argelia, mientras que nosotros aún no hemos podido asegurar la conquista de ese puñado de tierra que se llama Melilla.»

(Un periódico).

¡Santas verdades las que se dicen en ese artículo!... Lo recuerdo muy bien...

Del suceso que voy a referir hará cosa de seis ó siete años.

Ibamos por una estrecha calle moruna.

Un negroz atléptico pasó junto a nuestro lado riéndose despreciativamente. Agitando sus chibabas varios granujas moros gritaban sin cesar. Y junto a la puerta de la cárcel, reclinado en una silla, destacando su traje azul con galones de plata sobre el blanco lienzo de la pared, el gendarme, el buen gendarme, el guardia civil francés, dormía como un bendito.

Estábamos en Tremecen, en un lugar perdido en el interior de la Argelia, donde moros y judíos se cuentan por miles.

Los europeos son pocos en el pueblo.

Habíamos ido allí a descansar de la campaña de Melilla.

—¡Vaya una manera de vigilar!—digo yo asombrado.

—¡Es natural!—contesta mi acompañante.

—Pero, y esos moros de aspecto tan fiero, armados todos, «que llevan escritas en su mirada palabras de venganza», como dicen en las novelas por entregas, ¿no hacen nada?

—Créalo usted. Los moros no hacen nada al gendarme. Aquí el gendarme se aburre.

—¡Se aburre!

—¡No tiene nada que hacer!—dice como la cosa más natural del mundo otro señor.

Los moros pasan en grupo, sonríen ó miran indiferentes: varios granujillas, saltando, canturrean no sé qué estribillo árabe. Y el gendarme, en medio, como gallina rodeada de sus polluelos, ronca y ronca sin tregua. Brillan en su pecho militares cruces, en su cabeza blanquean canas. Es un veterano que duerme sobre sus laureles. Pero tiene razón en dormirse.

La cárcel está vacía; si no vieramos sobre salir en su fachada unas fuertes rejas y el rótulo *Prisión* escrita sobre la puerta, creeríamos que la tranquila casa era un convento deshabitado... Cromwell, de haber estado aquí, con gusto hubiera cogido del aldabón aquel famoso letrero que puso en el Parlamento británico: *Esta casa se alquila*.

—No hay presos. El gendarme se aburre—dice insistente mi amigo cogiéndome del brazo.

—Vámonos—añade.—Vámonos a visitar las ruinas árabes, la mezquita...

Sin embargo, quedóme un rato pensativo, impresionado por la escena. Mis acompañantes se miran, no comprendiendo el interés que pueda inspirarme un gendarme dormido.

Este ronca cada vez con mas fuerza, sin que nadie interrumpa ya su placido sueño. Los chiquillos moros huyen espantados al oír la voz de una vieja, especie de horrorosa arpa que, asomándose por el ventanillo de un infecto casucho, les grita dos palabras en árabe. Y en el silencio de la estrecha y soleada calle, los ronquidos del gendarme se escuchan.

Un enjambre de moscas vuela alrededor de su cabeza: con incesante rum rum parecen decirle irónicamente:

—¡Duerme, duerme, no vigiles!

Cierto que el sueño de un gendarme no ofrece gran interés. Pero es el caso que, durante el rato que estube contemplando al buen funcionario de la política francesa, ocupábame otras ideas. Recordaba entonces la historia de la conquista de Argelia, la lucha política, militar y diplomática que Francia ha debido sostener para que este gendarme pueda roncar tranquilo guardado por los mismos moros.